

EL DUELO KENNEDY- DE GAULLE

Por EDUARDO HARO-TECLEN

POR fin el presidente Kennedy ha dicho la frase que sus aliados más temían: «Occidente soy yo». La noticia quizá no encierra ninguna novedad; en sus manos —y en sus bombas— está el poder jupiteriano de la vida y la muerte de todos. La novedad estriba en la franqueza para explicarlo.

El presidente Kennedy cumple ahora el segundo año de su mandato. El último trimestre ha sido decisivo: le ha dado una gravedad, un peso político, una madurez mental que han hecho de él un hombre nuevo. «Los problemas —dice ahora— son más difíciles de lo que yo imaginaba. Nuestras responsabilidades son más pesadas de como yo las imaginaba. Los medios de encontrar una solución favorable son más limitados de lo que yo imaginaba.»

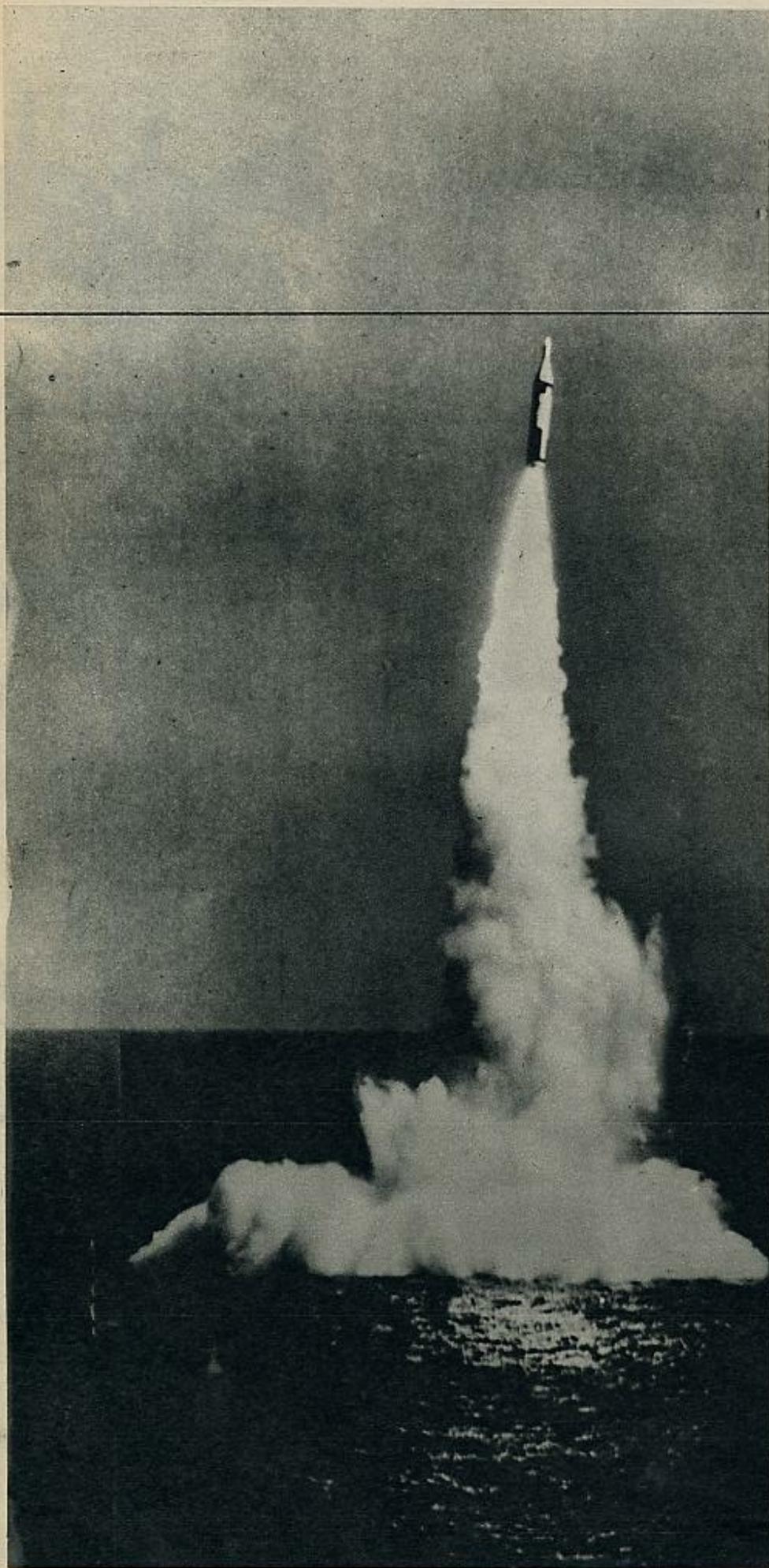
Casi como si entablase un diálogo con él, De Gaulle hablaba así en los primeros días de enero: «En política conviene siempre hacerse una filosofía: una vez que se llega al convencimiento de que jamás se resuelve ningún problema, todo resulta muy sencillo». Y a quien le preguntaba si respondería a Kennedy en su próxima conferencia de prensa —que quizá haya sido pronunciada cuando estas líneas se publiquen— contestaba el General: «Se trata de problemas de un alcance muy amplio. No se da una respuesta de una vez. Se responde todos los días durante diez años...».

Este diálogo Kennedy-De Gaulle, este duelo Kennedy-De Gaulle, inaugura el año político: puede proseguir durante todo él. Es, quizá una «plática de familia», como las calificaba nuestro «Don Juan»; o como describe Kruschev sus diferencias con Mao-Tse-Tung («Cásese usted, tenga usted una familia y tendrá usted rápidamente diferencias ideológicas con su mujer y con sus hijos: ahora comprenderá usted de

SIGUE







y la URSS»). Pero quizá sea algo más grave. Puede ser un nuevo cisma de Occidente.

El origen de este problema es fácil de resumir. En el momento de la crisis de Cuba, Kennedy advierte que sus aliados están tras él: temblorosos, indecisos y, sobre todo, impotentes. El potencial nuclear de Gran Bretaña representa apenas un dos por 100 del que tienen los Estados Unidos: en cuanto a Francia, posee unas curiosas y ya antiguas máquinas de producir explosiones atómicas que, de cuando en cuando, hace funcionar en el Sahara para hacer creer que es una potencia nuclear. Estos dos aliados carecen de fuerza, pero tienen una política: y con esa política pueden falsear el contexto del verdadero duelo mundial planteado entre la URSS y los Estados Unidos. Mientras Kennedy tiene la mirada fija en su adversario Krushev, tratando de calcular lo que hace y lo que puede hacer, sus aliados se agitan, le azuzan, le frenan, le critican. Le piden armas, dinero; le envían consejos, le administran regañinas. En la entrevista de Nassau, Kennedy ha devuelto a Gran Bretaña a sus verdaderas proporciones: una potencia subsidiaria, que debe acomodar sus planes de defensa a los Estados Unidos y cuya preocupación por construir su propio armamento nuclear defensivo y ofensivo resulta fuera del tiempo: cuando llegase a tener las mismas armas que tiene hoy la URSS, estarían ya tan anticuadas que apenas servirían para el suicidio. Macmillan ha aceptado el regalo de unos «Polaris» y ha regresado, amargado y convencido, a su isla.

No es éste el caso de De Gaulle. El soberbio general ha sido siempre, desde los días de su exilio en Londres, una espina clavada en el flanco de Occidente. De Gaulle ha recibido ya las mismas ofertas que recibió Macmillan: se las ha hecho presentes «Chip» Bohlen, embajador de los Estados Unidos en París —y verdadero ejecutor de toda la política americana en Europa— con un mensaje de Kennedy. Probablemente en dicho mensaje se hablaba de una propuesta de entrevista Kennedy-De Gaulle. Ya se dice en el palacio del Eliseo que «el calendario del presidente De Gaulle está completo para 1963 y que le sería difícil aceptar una nueva invitación o recibir un nuevo personaje». De Gaulle juega con una concepción del tiempo muy distinta de la que tiene Kennedy. Piensa en cómo será su armamento en 1970 y le parece suficiente y excelente. Va a crear una explosión de hidrógeno en este año, y eso le satisface (una explosión de hidrógeno no es siempre una bomba: una bomba es algo lo suficientemente pequeño como para ser transportada en un avión. Una explosión se puede crear en un inmenso laboratorio). Espera que sus sabios construyan un cohete especial, el «Diamante» (consecuencia del pequeño «Topacio», que ha sido probado ya con éxito). Cree que todo esto le puede bastar para tener a Francia apartada de cualquier ataque. Y, sobre todo, tiene derecho a pensar lo mismo que Kennedy piensa de él: «No quiero dejarme arrastrar a una guerra definitiva por la imprevisión o por la audacia de otros». La idea militar que tiene De Gaulle del futuro se basa, aparentemente, en que si no hay guerra de aquí a 1970 —y él no cree que la haya— por mucho que progresen las armas, el «Mirage IV», avión supersónico, equipado con proyectiles del tipo «Skybolt» construidos enteramente en Francia, será capaz en cualquier caso de destruir veinte grandes ciudades rusas y que esto será suficiente para mantener a Francia alejada de un ataque soviético (el «Mirage» puede ser abastecido de carburante en pleno vuelo, y podrá ser equipado con cohetes balísticos que se eleven a 150 kilómetros de altura con una velocidad cinco veces superior a la del sonido, y caer inmediatamente sobre su objetivo, sin que ningún radar le detecte ni ningún cohete-anticohete pueda interceptarlo).

El «Polaris», regalo de Navidad para los ingleses. Lo ha aceptado Macmillan, amargado y convencido a la vez.

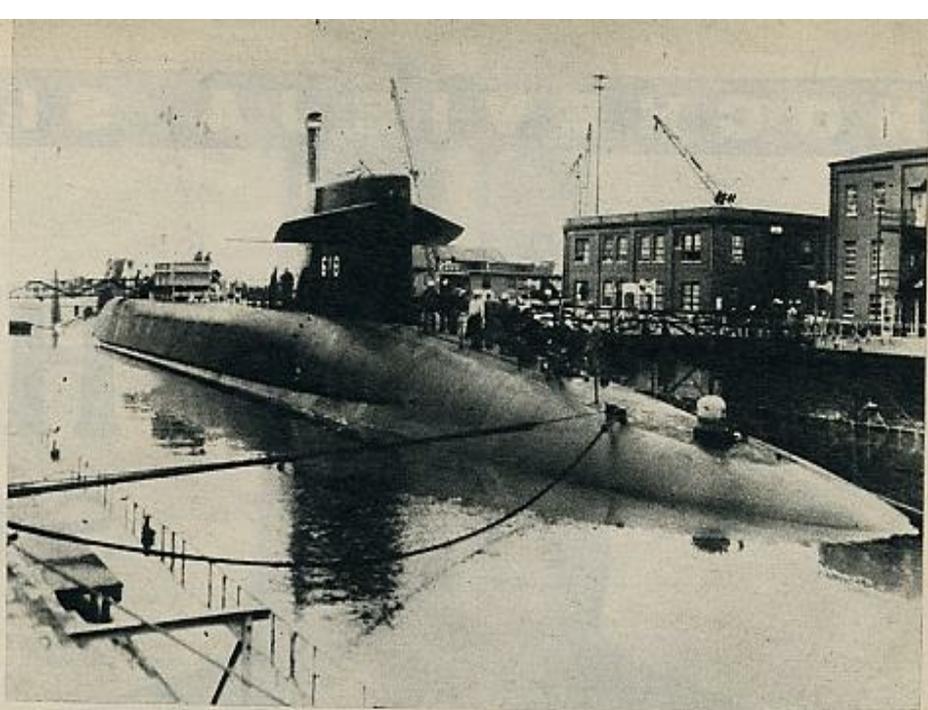
Kennedy no cree absolutamente nada de esto, no le parece posible, dada la situación científica y económica de la Francia de hoy, que el «Mirage» pueda ser perfeccionado hasta ese extremo, ni construido el proyectil fantásticamente descrito por los franceses. Cree, en cambio, en el progreso de las armas de defensa soviéticas hasta el punto de que, si Francia obtuviese lo que desea y lo que profetiza, no le serviría de nada.

Puesto que la frontera del tiempo divide así los conceptos de los dos Presidentes, De Gaulle se vuelve hacia un tercero. Hacia «Der Alte», hacia «El viejo» Adenauer, que acaba de cumplir los ochenta y siete años. De Gaulle va a celebrar con Adenauer su primera entrevista política del año. Para Adenauer será una de las últimas: en otoño terminará definitivamente su carrera. «El político más astuto de Alemania desde Bismarck», según frase de Churchill, se ha mostrado también reacto a la nueva «teología» americana (el término es de un editorialista inglés) y se pronuncia por un control multilateral del arma atómica. Sus razones son esencialmente distintas de las de De Gaulle; pero es posible que los dos grandes ancianos de Europa lleguen a un cierto acuerdo filosófico que algunos americanos temen ya: la apropiación para Europa del término de «tercer mundo» que quisieron lanzar los llamados «neutralistas», pero que no tuvieron nunca fuerza ni unidad para ponerlo en marcha. Un «tercer mundo» de árbitros, que no permitiese que el poder absoluto quedase en manos de Kennedy ni en las de Kruschew. Probablemente se trata sólo de un sueño, como fue un sueño el neutralismo de Nehru.

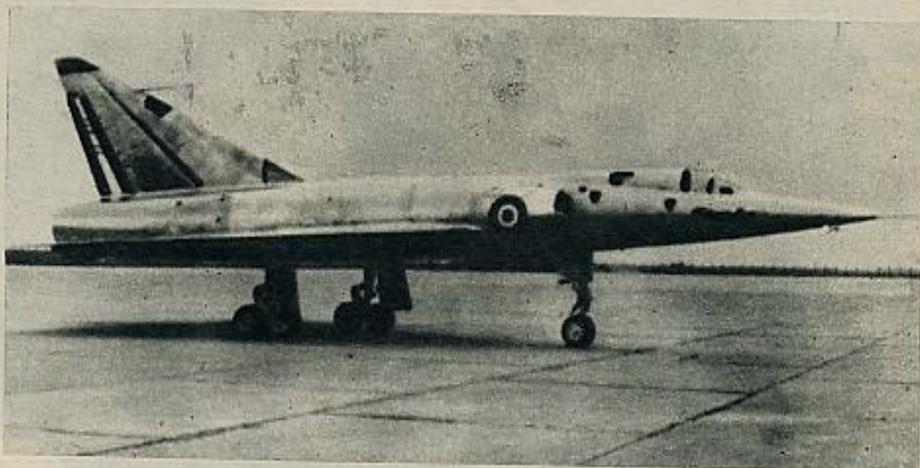
Adenauer tiene razones poderosas para acercarse a De Gaulle, y una de ellas es su temor por Berlín. Está temiendo mucho que la nueva psicología de Kennedy le incline a un cierto acuerdo con la URSS. Se ha dicho, incluso, que americanos y soviéticos han celebrado ya negociaciones secretas respecto a Berlín, que se había llegado a un acuerdo de principio y que probablemente se iniciarían negociaciones públicas en un futuro próximo. Puede creerse, en este sentido, que las declaraciones de Kruschew según las cuales Berlín podría quedar bajo la bandera de la NATO, fueran un resumen de tales negociaciones. Para mayor angustia de Adenauer, Kruschew anuncia ahora que va a visitar Berlín. Este para asistir al Congreso del Partido Comunista Alemán, en lugar de enviar al vicepresidente ministro Kosiguin, como se había anunciado antes. Parece fuera de duda que Kruschew vaya a aprovechar este viaje a Berlín —el primero que hace desde mayo de 1960— para pronunciar un discurso acerca del problema. Si continúa su línea política como hasta ahora, el discurso será conciliador y abrirá nuevas puertas para negociaciones con los Estados Unidos; nada puede preocupar más al viejo Canciller, que sabe que el equilibrio inestable de su política depende de la amenaza de guerra y no de las posibilidades de paz.

Hasta ahora, De Gaulle ha comprendido siempre sus puntos de vista, y ha sido opuesto a cualquier clase de internacionalización de Berlín aunque fuera bajo la bandera de la NATO. Adenauer va a verle para fortalecerle en esta posición, y también para ayudarlo a rechazar la oferta del «Polaris» que, si fuese aceptada por Francia, consumiría el directorio de triunviros en la NATO (Estados Unidos-Francia-Gran Bretaña) en detrimento de las naciones carentes de cualquier posibilidad nuclear, como lo es aún Alemania, que cumple la prohibición de fabricar armas nucleares establecida para ella en 1954.

A cambio de lo que pueda obtener Adenauer de De Gaulle, el general conseguirá un esfuerzo, aunque sólo sea aparente, de su posición en Europa, y podrá aumentar su posición de orgullo desafiante para su duelo con Kennedy.



El «Thomas Jefferson», décimo submarino nuclear con cohetes Polaris, el regalo que Francia no admitió.



El «Mirage IV» útil para Francia así no hay guerra antes de 1970. Pero Kennedy no oculta su escepticismo sobre las posibilidades francesas para construirlo. Irá equipado con cohetes del tipo «Skybolt».

No creo, sin embargo, que haya que esperar acontecimientos espectaculares de este primer cuarto de año. Es posible que De Gaulle se vea forzado a aceptar la entrevista con Kennedy, que difícilmente pueda soslayar, y que esta entrevista no se celebre hasta abril o mayo.

Si es que, antes, no hubiera una entrevista entre Kennedy y Kruschew. La hipótesis se lanzó ya cuando la crisis de Cuba. Kruschew no sólo no la rechaza, sino que la desea: está en su línea política de coexistencia y de entendimiento por la negociación. Kennedy, el nuevo Kennedy, debe tener el mismo deseo íntimo, aunque le quede por dentro la amargura de los desdenes que le hizo Kruschew la primera vez que se vieron, y el atavismo de la horrible humillación sufrida por su antecesor Eisenhower en la capital francesa cuando el sucio asunto del U-2 que destruyó la «conferencia en la cumbre» de París y que constituyó una de las más delirantes páginas de la historia contemporánea. Kennedy ha medido la verdadera calidad de su adversario, ha tocado el fondo de sus aliados de Occidente, y hoy le debe parecer más factible establecer algunos acuerdos de principio con Kruschew que resolver su «querrela de familia» con De Gaulle.



De Gaulle-Adenauer, próxima entrevista. La proyectada unidad europea, ¿será solamente un sueño...?